

os encomiendo á Jesucristo, que os redimio con su preciosa sangre, y os congregó en este lugar. Por ahora os dejo por padre á mi hijo espiritual Mamilano, y despues de él elegid al que os parezca: hará las veces de Jesucristo, y vivid persuadidos, que yo siempre he de auxiliar, y proteger á este monasterio, y le he de defender de los que le injurien. Y dichas estas palabras entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 1.º de marzo del año 977, á los setenta de su edad. Para que constase así á algunos siervos de Dios en la misma hora que espiró, que fué en la de completas, estando la abadesa Senorina en este oficio con sus religiosas en el monasterio de S. Juan de Viveiro, oyó á los ángeles cantar el *Te Deum*, y manifestando á sus hermanas que en aquel tiempo pasaba Rosendo á disfrutar los premios eternos, averiguada la hora se justificó puntualmente.

Su cuerpo fué sepultado primeramente en el oratorio de S. Pedro de Celanova, dedicado despues á S. Juan, donde se mantuvo casi doscientos años, hasta que habiendo pasado á España el cardenal Jacinto en el año 1171, con título de legado de la santa Sede, enviado por Alejandro III, para tranquilizar ciertas discordias entre Alfonso VIII, rey de Castilla, y Fernando II de Leon, cuya comision concluyó felizmente en el de 1174, conducido á el monasterio de Celanova, movido de la fama de los milagros de S. Rosendo, conociendo ser mayores que lo que publicaban los ecos, hizo por los años de 1173, con solemne aparato, y numerosa concurrencia de obispos, abades, y pueblos la traslacion del venerable cadáver, del lugar dicho á una capilla sita cerca de la entrada del claustro, donde se le tributa la veneracion correspondiente. Y elevado despues de su regreso á Roma á la cátedra apostólica, con el nombre de Celestino III, constándole personalmente las heroicas virtudes y milagros del Santo, previa la justificacion competente, le escribió en el catálogo de los Santos en el año quinto de su pontificado. En la bula de su canonizacion, espedida en el año 1194, hace mencion su Santidad de los libros escritos sobre los prodigios hechos de San Rosendo, afirmando que los leyó estando en España.

SANTA EUDOCIA Ó EUDOXIA, PENITENTE Y MÁRTIR.

HACIA el principio del segundo siglo, siendo emperador Trajano, vino á fijar su habitacion en Heliópolis cierta famosa cortesana, llamada Eudocia, originaria de Samaria, que sin duda se alejó de su país únicamente para vivir con mayor libertad en su desordenada vida.



STA. EUDOCIA M.

Era tenida por la mayor hermosura de su tiempo. Daba nuevo lustre á su belleza la bizarría con que se adornaba: su entendimiento era vivo, claro y brillante: su genio alegre, festivo y despejado: su aire naturalmente desembarazado y garboso: sus ojos introducian dulcemente el veneno hasta el corazon: pocos habia que dejasen de caer en el artificioso halagüeño lazo de sus redes.

Ninguna dama cortesana metió jamás tanto ruido, y acaso ninguna otra hizo jamás tanto daño. Hacianla corte los mayores señores, encantados de su hechicero atractivo. Nunca se dejaba ver en público sino con un ostentoso aparato de galas, y de joyas, que deslumbraban á cuantos la veian: brillaban en su cuarto los muebles mas esquisitos, siendo fama constante, que habia amontonado inestimables riquezas.

Vivia Eudocia entregada á los mas escandalosos desórdenes, cuando el Señor, que se complace en renovar de tiempo en tiempo en su Iglesia los mas estupendos prodigios de su misericordia, vino á buscar á esta oveja perdida, y quiso descubrir á aquella segunda Samaritana las saludables aguas de la gracia.

Cierto santo monge, llamado Germano, que se volvia al desierto, y transitaba por Heliópolis, se fué á hospedar en casa de un cristiano conocido suyo, que vivia pared en medio de Eudocia. Despues de haber dormido como dos, ó tres horas, se levantó á media noche, y comenzó á cantar salmos, segun lo tenia de costumbre: despues de esto se puso á leer en un libro espiritual que para este fin traia siempre consigo, y de propósito leia en voz alta, para que el sueño no le venciese, siendo la materia de la leccion las terribles penas que padecerán los condenados en el infierno, mientras los bienaventurados gozarán de las eternas delicias de la gloria.

El cuarto donde estaba aposentado el santo religioso iba á dar al mismo dormitorio de Eudocia, que se separaba de él por solo un débil tabique; de suerte que despertando al ruido de su cántico, se aplicó por curiosidad á oír lo que estaba leyendo, y quedó espantada de lo que oia.

Apenas amaneció cuando le envió un recado, suplicándole que pasase á verla. Preguntóle luego por su religion, por su estado, por el motivo de su viaje, y despues le rogó que tomase el trabajo de esplicarla lo que le habia oido leer aquella noche. El buen monge, que estaba intimamente penetrado de aquellas espantosas verdades, la hizo una vivísima pintura de ellas; de suerte, que no pudiendo Eudocia disimular mas su asombro, ni

reprimir su llanto, dió un lastimoso grito, y exclamó diciendo: *Pues padre, segun eso yo seré condenada.*

Aprovechándose el siervo de Dios de aquellas felices disposiciones, la dijo: *Ahora me habeis de dar licencia, señora, para que tambien yo os pregunte quién sois vos, y qué religion profesais. Yo,* respondió Eudocia, *soy de Samaria, y profeso la secta de los Samaritanos, ó por mejor decir, ninguna religion profeso; y aun por lo mismo me he entregado ciegamente á todo género de disoluciones; mirad ahora si será posible, que yo evite esos suplicios eternos.*

Y muy posible, señora, replicó el prudente Germano, con tal que os querais convertir de veras, y hacer penitencia de vuestras culpas; porque Jesucristo nuestro Salvador á ningun pecador verdaderamente arrepentido, y penitente escluye de su misericordia. Pues dime, te ruego, repuso la afligida Eudocia, ¿qué debo hacer para conseguirla? Dejar de pecar, respondió el siervo de Dios, y llamar sin dilacion á algun sacerdote de los cristianos, para que os instruya en la fe, y os administre el santo bautismo, sin lo cual no hay salvacion.

Llamó al punto Eudocia á uno de sus criados, y le mandó que al instante fuese á buscar al sacerdote de los cristianos, y le trajese consigo, sin decirle quien le llamaba, advirtiéndole solamente, que la necesidad era urgente, y apretaba mucho. Vino el sacerdote; pero quedó turbado, y como mudo cuando se vió en la casa, y en la presencia de Eudocia. Conociólo ella, y deshaciéndose en lágrimas, se arrojó á sus pies, conjurándole por amor del Salvador de todos los hombres, que no la desamparase. *Bien sé,* dijo, *que soy la mayor pecadora que han conocido los siglos; pero tambien sé, porque así me lo han dicho, que la misericordia de tu Dios es infinitamente mayor que mis pecados. Yo quiero ser cristiana: yo quiero recibir de tu mano el santo bautismo: dámele, y dame juntamente con él la regla de vida que quisieres, que yo prometo guardarla.*

Admirado el sacerdote, y rindiendo mil alabanzas al Autor de aquella asombrosa conversion, cuya historia le refirió el monje Germano, aconsejó á Eudocia, que, desnudándose de toda aquella profanidad, galas, y joyas preciosas, se vistiese modestamente, y retirada en un cuarto por espacio de siete dias, los pasase en ayuno, y oracion, sin ver á persona alguna. Ejecutólo á la letra; y pasado este tiempo la fué á ver el santo monje, á quien ella misma habia suplicado que se detuviese; pero la halló tan desfigurada, tan pálida, y tan estenuada, que apenas la conoció. Luego que la Santa le descubrió á alguna distancia, levantando

la voz le dijo: *Dad, padre mio, muchas gracias al Señor por las misericordias que ha hecho su piedad con esta indigna pecadora. Pasé los seis primeros dias de mi retiro en llorar mis enormes culpas, y en cumplir con la mayor exactitud todos los ejercicios devotos que vos me prescribisteis. Al dia séptimo, estando postrada en tierra, el semblante contra el polvo, me hallé de repente cercada de una grande hermosa luz, que casi me deslumbraba. No obstante reconoci en medio de ella un bizarro joven vestido de blanco, que con semblante majestuoso y severo me cogió de la mano, y me arrebató por los aires hasta el cielo, donde vi una innumerable multitud de personas vestidas del mismo traje, y color, que mostrando grande alegría de verme, se complacian reciprocamente, y me daban mil enhorabuenas de que algun dia habia de ser participante con ellas de la misma gloria. Ocupada, y aun embelesada toda en esta dulce vision, apareció de repente un espantoso monstruo, que con horribles aullidos se quejaba á Dios de que injustamente se le quitase una presa, que por tantos títulos poseia como suya; pero le puso en precipitada vergonzosa fuga una voz que bajó del cielo, diciendo, que se complacia Dios en tener misericordia de los pecadores arrepentidos. La misma voz me alentó con la esperanza de lograr una especial proteccion todo el resto de mi vida, ordenando á mi conductor, que entendí ser el arcángel S. Miguel, me restituyese al lugar donde me halló. Ahora, padre mio, á tí te toca ordenarme lo que debo ejecutar para corresponder á tan grandes beneficios.*

El bienaventurado Germano, volviendo á admirar de nuevo las misericordias del Señor, dió á Eudocia las saludables instrucciones, que le parecieron necesarias: ordenóla, que recibiese cuanto antes el santo bautismo, y despidiéndose de ella, la dijo: *Espera, hija mia, que presto volveré á verte para decirte entonces lo que el Señor quiere que hagas.* Costó á Eudocia muchas lágrimas la partida del siervo de Dios; mas nó por eso se entibió un punto su fervor.

Habia ya llegado á noticia del obispo Teodoro la mudanza de la famosa cortesana, y estaba esperando con impaciencia pruebas mas seguras de la sinceridad de su conversion, cuando le entraron recado de que Eudocia en traje de penitente le pedia audiencia. Luego que entró á la presencia del santo prelado, se arrojó á sus pies, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió, que no la dilatase el bautismo. Viéndola el obispo tan santamente dispuesta, y hallándola suficientemente instruida, la concedió con singular consuelo y gusto lo que deseaba.

Viéndose ya cristiana Eudocia, llamó á todos sus esclavos, y dándoles libertad, los exhortó á seguir su ejemplo: despues despició á los demás criados, pagándoles sus salarios, y haciendo además de eso grandes liberalidades á todos: cedió sus inmensos bienes á los pobres, suplicando al obispo Teodoro tomase á su cargo el cuidado de distribuirlos.

Quedó asombrado el obispo á vista de una resolucion tan generosa, tan cristiana, y tan heroica; pero aun se quedó mas atónito cuando vió la espantosa cantidad de bienes raices, de posesiones, de muebles preciosos, de riquísimas joyas, que sacrificaba al Señor la nueva penitente.

Desde aquel punto fué su vida modelo insigne de las mas heroicas virtudes. Entregóse sin reserva á las mas rigorosas penitencias: su ayuno era estrechísimo, y continuo: conservó siempre el traje de los neófitos, y no volvió á parecer en público, sino en la iglesia, y llorando sus culpas al pié de los altares.

Volvió á Heliópolis el monge Germano, como lo habia ofrecido: halló á su hija Eudocia elevada á un grado de perfeccion muy superior al que tenia cuando se habia separado de ella. Propúsole que seria conveniente se fuese á encerrar en algun lugar solitario, para pasar en penitencia, y en retiro el resto de sus dias. Abrazó al instante este partido, y desde entonces fué una perpetua serie de oracion, y de rigores la vida de nuestra heroína.

Necesariamente habia de irritar á todo el infierno una conversion tan ruidosa, y una virtud tan extraordinaria. Los que habian amado torpemente á Eudocia pecadora, no podian tolerar á Eudocia arrepentida. Cierta jóven, mas disoluto, y mas osado que los otros, determinó sacarla del desierto, ó con maña, ó con violencia. Vistióse de monge, buscó á Germano, y postrándose á sus pies; le suplicó quisiese admitirle por su discipulo y compañero en aquella soledad. Edificóse el buen Germano al oír la pretension del engañoso jóven; pero le representó que era muy mozo, y muy delicado para llevar el rigor de aquella vida. *Yo lo confieso, replicó el falaz mancebo, pero á vista de lo que acaba de hacer Eudocia, ayer cortesana, y hoy penitente, seria vergüenza mia no poder hacer otro tanto. Permite me no mas que yo la vea, y que pueda hablarla dos palabras; porque espero que las tuyas me inspirarán tanto fervor, y tanto aliento, que ninguna penitencia, ningun rigor se me represente imposible.* Creyóle Germano, y dió providencia para que viese á Eudocia. Esta, que se hallaba ya prevenida por el Señor del lance que la

esperaba, apenas vió en su presencia al disfrazado jóven, cuando sin dejarle acabar el insolente discurso que habia comenzado, le habló en tono tan espantoso y tan vivo, que, como si cada voz fuera un trueno, y cada sílaba un rayo, cayó redondo á sus pies cadáver yerto. Pidieron á la Santa en nombre de Dios, que se compadeciese de aquella alma infeliz: hizo oracion, y con nuevo milagro le restituyó la vida, mandándole que al instante se fuese á hacer penitencia.

No desistió el demonio de su intento, viendo desvanecido el primer artificio, y echó mano de otro. Sugirieron á Aureliano, gobernador de la provincia, que habiéndose convertido Eudocia á la religion cristiana, habia llevado consigo al desierto tesoros infinitos, y que se interesaba la honra del mismo gobernador, y el bien público en recoger aquellas inmensas riquezas.

Despachó Aureliano á un oficial con trescientos soldados, y con orden de que se apoderasen de todo. Reveló Dios á la Santa lo que pasaba, asegurándola que él cuidaria de ella. Con efecto una mano invisible los detuvo hasta que dejándose ver un espantoso dragon, los dispipó á todos, menos á tres, que fueron á llevar la noticia. Irritado el hijo del gobernador, partió con mas número de tropas; pero al apearse del caballo en la primera marcha, le dió una cox tan furiosa, que le tendió muerto en el suelo. Cuando el gobernador vió entrar por las puertas de su casa el cadáver de su hijo, arrebatado de cólera, de sentimiento y furor, quiso ir en persona á despedazar á Eudocia por su misma mano; pero un caballero llamado Filóstrato le detuvo, y le aconsejó que dejándose de amenazas inútiles, implorase las oraciones de Eudocia. Siguió Aureliano el consejo; y la escribió una carta suplicándola restituyese la vida á su hijo. Respondióle al punto la Santa, y en lugar de sello señaló su carta con tres cruces. Impaciente el gobernador salió al camino al propio que habia despachado; y haciendo traer el cadáver de su hijo, apenas puso sobre él la respuesta de la Santa, cuando en aquel mismo punto resucitó. A un milagro tan evidente se habia de seguir el efecto que le correspondia. Convirtiósse luego á la fe Aureliano con toda su familia, y poco despues murió santamente.

En fin, habiendo vuelto á encenderse la persecucion contra los cristianos, en tiempo del emperador Trajano, encontró en ella Sta. Eudocia la corona del martirio porque suspiraba. Noticioso el sucesor de Aureliano, llamado Vicente, de las maravillas que obraba nuestra Santa, le pareció que era conveniente

deshacerse de ella sin ruido, temiendo alguna sublevacion popular, y así la mandó degollar en secreto. Sucedió su martirio el día 1.º de marzo del año 114 de nuestro Señor Jesucristo, cuya gracia triunfó tan gloriosamente en nuestra dichosa mártir.

SAN ESICHIO Ó HISCIO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Esichio ó Hiscio, fué otro de aquellos célebres obispos que enviaron desde Roma á España los príncipes del colegio apostólico en los principios de la ley de gracia á predicar el Evangelio á los habitantes de esta península, que como idólatras por entonces rendian antiguo homenaje á los demonios: haciendo asunto de religion, acomodándose á toda clase de supersticiones gentílicas, tributando el culto debido al Criador del cielo y de la tierra á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades.

No referimos las actas que son comunes á este varon apostólico, y á sus ilustres compañeros por evitar una molesta repeticion en la vida de cada uno, cuando por todos se dice en la noticia de S. Torcuato, obispo y mártir, el día 15 de mayo, al que remitimos al lector, para que pueda saber sobre su carácter, y su venida á la nacion hasta que llegaron juntos á Gaudix. Quedó en esta ciudad por obispo S. Torcuato, y distribuyéndose los demás por diferentes pueblos de España á satisfacer el designio de su mision, pasó Esichio, Hiscio ó Esicio, segun otros le nombran, á Carteya, ciudad antigua de la Bética ó Andalucía, por la que entienden unos á Tarifa, otros á Algeciras, y otros á Cazorla, ilustre villa de la Andalucía alta cabeza de su adelantamiento; cuya variedad de opiniones en orden á los nombres, y sitios de los pueblos no deben estrañarse en España, habiendo sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de bárbaros ambiciosos de su fértil terreno: bien que es muy cierto que en apoyo de ser Cazorla la que antiguamente se llamó Carteya, obra la tradicion constante de aquellos naturales que veneran á S. Hiscio por su primer obispo, é inclito patrono, sin que se haya interrumpido en ella su culto en trascurso de tantos siglos.

Presentóse pues Hiscio en Carteya, y compadecido de la multitud de infieles que vivian en aquel numeroso pueblo sumergidos en los mas clásicos errores y en una espantosa corrupcion de costumbres comenzó á predicar las infalibles verdades del santo Evangelio con aquel espíritu y con aquel celo que era propio de su carácter. Hizoles ver la necesidad de sus ridiculas su-

persticiones, la brutalidad de sus horrendos sacrificios, y la oposicion que dice la multitud de deidades contra lo que dicta la misma razon, demostrándoles á un mismo tiempo la verdad, y la santidad de nuestra religion; y como se hallaba adornado de todas aquellas gracias especiales, que el Señor concedió en el establecimiento de la Iglesia á todos los varones apostólicos, que se interesaron en la conversion de un mundo idólatra, añadiéndose á esto la confirmacion de la doctrina que predicaba con repetidos milagros, abrazaron no pocos infieles la fe de Jesucristo, detestando de sus abominables errores.

Un suceso tan pronto como feliz encendió mas el celo del ilustre operario del Padre de familias, quien no satisfecho con las conquistas que hizo en Carteya, predicó en Tarifa, en Algeciras, y en Alona, ciudad sita antiguamente entre Tarifa, y el Cabo de la Plata segun nos dicen varios escritores nacionales, sin que en esto se encuentre alguna dificultad por ser poblaciones poco distantes unas de otras en un mismo continente. Rindió la semilla evangélica que sembró el Santo en aquellos terrenos abundantísimos frutos al Labrador divino, y estableciendo su cátedra episcopal en Carteya, se dedicó al cultivo de aquella iglesia con la vigilancia pastoral que exigia la constitucion de unos siglos tan calamitosos, en que el furor de los gentiles perseguia de muerte á los profesores de la religion del Crucificado. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales, sin dejar de atender su ardiente caridad al socorro de sus necesidades corporales; y no omitiendo los oficios de maestro, les dió todas las instrucciones que estimó necesarias para el destierro de la ignorancia, y de la preocupacion en que habian vivido hasta entonces; enseñándoles al mismo tiempo el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos, para que tributasen á Dios por ellos el culto debido por sus criaturas, haciendo á espensas de sus incesantes fatigas que floreciese la religion entre aquellos naturales, de manera que parecia no dejar mas que apeteacer á su apostólico celo.

Continuó Hiscio por espacio de algunos años en el ministerio pastoral, ganando los corazones de todos con su paciencia, con su dulzura, y con su apostólico desinterés; pero ofendidos los infieles de las conversiones que cada dia hacia para Jesucristo de los muchos paganos desengañados á la luz de su predicacion, determinaron quitarle la vida, como lo hicieron en la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el impío Neron. No nos consta con certeza el género de martirio que padeció el Santo; pues aunque algunos escriben, que murió quemado en el Sacro

Monte de Granada, atendiendo á que los naturales de Cazorla creen por una constante tradicion, que fué apedreado en un campo de aquel pueblo, donde se conservan hasta hoy unos crecidos montones de piedras, nos inclinamos á seguir este dictámen apoyado por D. Fernando Alonso Escudero de la Torre, en el libro que escribió de los Santuarios del Adelantamiento de Cazorla, y por D. Rodrigo Mendoza de Silva en la poblacion de España; lo que se confirma á mayor abundamiento por la gran festividad que por antiquísima costumbre hacen los vecinos de aquella ilustre villa todos los años en uno de los domingos de mayo, en el que va el clero, y el pueblo en solemne procesion al sitio donde se tiene por tradicion que fué apedreado: lo que ejecutan en el dia por voto en fuerza de un auto capitular de ambos cabildos hecho en 11 de mayo de 1585; cuya tradicion constante no debe despreciarse sin documentos justificativos que prueben lo contrario.

La Misa es del comun de Confesores y Pontífices, y la oracion es la siguiente:

Suplicámoste, Señor, nos favorezcas á tus siervos por los gloriosos méritos de tu confesor y pontífice Rosendo, para que por su intercesion seamos siempre protegidos en todas las adversidades. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

No se halló quien guardase como él la ley del Altísimo. El

verdadero mérito del hombre depende de su perfecta sujecion á la ley de Dios. El que no es buen cristiano, no puede ser hombre de bien; pues hablando en rigor, solamente es hombre de bien el buen cristiano. El nacimiento, la complexion, el genio, la educacion, el comercio del mundo, el estudio, la reflexion, y hasta las mismas pasiones pueden hacer á un hombre oficioso, servicial y cultivado; pero la verdadera honradez solo puede ser fruto de la virtud cristiana. Sin ella puede un hombre ser obsequioso por inclinacion, grato por interés, ó por orgullo, apacible, atento, bizarro por artificio; pero estas son apariencias, representaciones, y meras esteroidades. Cúidase poco en el mundo de ser hombre de bien en la realidad; todo el empeño es parecerlo. Puédense muy bien saber todas las ceremonias esterioras, y practicarlas, ni mas ni menos como un comediante representa el papel de rey en el teatro. La que se llama honradez, ú hombría de bien en el mundo, consiste en un modo de portarse arreglado, atento, cortesano, obsequioso y cultivado. El mundo no pide mas; pero todo esto puede ser una monada, ó un puro aparato, y acabóse. Con efecto, ese fingido hombre de bien, tan bizarro, tan atento, tan servicial, y tan magnífico, allá detrás de cortina frecuentemente no viene á ser mas que un trapacero, un vicioso, un hombre brutal. La verdadera hombría de bien cuesta mucho al corazon. Es preciso supurar sus hinchazones, endulzar sus amarguras, allanar sus desiguales, reprimir sus ímpetus. Este vencimiento solo puede ser obra de la virtud. Las pasiones tan contrarias á la verdadera hombría de bien, no reconocen otro dueño que las sujete. El estudio, el entendimiento, la política y el uso del mundo pueden contenerlas por algun tiempo; pero presto se librarán de la opresion, y recobrarán su libertad con usuras. De aquí nace, que comunmente el hombre de bien del mundo lo es solo por humor, por interés, y por capricho: el serlo por reglas, y por principios se reserva únicamente á la virtud. Esta es la que enseña á ser hombre de bien para otros, y para sí. El hombre de bien nunca es desigual: su mérito es real, y su honradez verdadera. Debe conocer todos los respetos, y todas las atenciones que pide la sociedad, y debe practicarlas. La fidelidad en desempeñar las obligaciones de su estado, es uno de los mas bellos rasgos de su retrato. El es buen padre, buen pariente, buen amo, y buen amigo. Como su honradez no depende del capricho, del interés, ni de las circunstancias de las personas, nunca se desmiente. Su rectitud nunca se envejece, y su cortesania siempre es nueva. Superior á las alteraciones de la vida y dueño de sus

pasiones, no descomponen el orden, y economía de sus operaciones, porque solo tiene á la vista su obligacion, y la ley santa de Dios; única regla de toda su conducta. ¿Qué te parece ahora? ¿Bastará únicamente la buena crianza, el comercio del mundo, una capacidad despejada, y un buen juicio para hacer una obra de este carácter, y de este valor? Sin virtud ¿se podrá conseguir aquella rectitud inalterable, aquella apacibilidad siempre uniforme, aquella honradez constante sin ficcion, y sin artificio? Es hombre de bien un mundano: tiene pundonor, espíritu, capacidad, esplendor, unos modales gratos, y caballerosos; su despejo cautiva, y su oficiosidad encanta. Pero si son estragadas sus costumbres; si es débil su fe; si se reconoce en él poco ó nada de religion; ¿merecerá grande estimacion su postiza y superficial honradez? ¿Se podrá hacer gran caudal de aquella máscara, de aquel fantasma de hombría de bien? ¿Habrá quien deba fiarse de aquella artificiosa, de aquella afectada bondad? El que solo es hombre de bien por artificio, ó por genio, no lo será siempre, ni en todas partes, ni por largo tiempo.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discipulos el modo de hacer uso de sus dones, les habló con la siguiente parábola: Cierta vez, que determinó partirse lejos de su casa, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes para que los administrasen. A uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno; á cada cual segun su propia capacidad: y se ausentó al instante. El que recibió cinco talentos, comerció con ellos, y granjeó otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos, lucrando otros dos. Pero el que recibió uno retirándose, cavó en la tierra, y escondió en ella el dinero de su señor. Despues de mucho tiempo vino el dueño de

aquellos siervos, y los pidió cuenta de su administracion; y presentándose el que habia recibido los cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, tú me entregaste cinco talentos, ve aquí otros cinco, que con ellos he adquirido. Está bien, siervo bueno y fiel, le respondió su dueño: porque fuiste fiel en corta cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor. Llegóse el que recibió dos, y dijo: Señor, tú me entregaste dos talentos, ve aquí otros dos, que he granjeado. Está bien, siervo bueno y fiel, le dijo su dueño: porque lo fuiste en poca cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor.

MEDITACION.

De las obligaciones del estado de cada uno.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todos tienen en su estado cuanto han menester para salvarse, y para ser Santos. Es error grosero, y con todo eso es muy comun, pensar que se encontrarán menos estorbos, y se hallarán mas medios para salvarse en cualquiera otra condicion, que en la que ha abrazado cada uno: delirio de imaginacion enferma, que se figura, conducirá mucho para recobrar la salud el mudar de cama; pero esta inquietud es efecto del mal, que está en la sangre. Si te hallas ya establecido en el mundo, ¿á qué fin suspiras por la mayor facilidad para ser Santo que hay en el estado religioso? ¿A qué fin, aun dentro de la misma religion, envidias en los religiosos de otra profesion ciertos medios que te parecen mas ventajosos para ser perfectos? Deseos inútiles, proyectos frívolos, que solo sirven para engañarnos, y para que cada dia seamos mas imperfectos, siendo menos regulares, y menos observantes.

Efecto es del estravagante genio de los hombres no apreciar sino lo que nace muy distante, y no hacer caso de lo que tenemos delante de los ojos, y estiman los extranjeros. Esta estravagancia del gusto trasciende hasta el espíritu, y corazón cristiano. ¿A qué fin hacer dependiente de la condicion lo que únicamente depende de la fidelidad de la persona? No hay estado que no tenga sus obligaciones: cumple exactamente con las del tuyo, y nada tendrás que envidiar á los mas fervorosos. Quanto mas ligeras, ó mas menudas son estas obligaciones, mas se merece en cumplirlas. Nada se le niega á Dios cuando se le ama mucho. El amor atiende poco á la importancia, ó á la calidad del servicio: solo considera la voluntad y el gusto del dueño á quien se le hace. Este es todo el secreto de la mas sublime perfeccion, esta es la verdadera virtud.

Tu estado te impone ciertas obligaciones: en cumplirlas consiste la devocion, el mérito y el fervor. La oscuridad de la obligacion no disminuye el resplandor de la virtud, antes le realza. Aquel Dios, que, por decirlo así, es el único que valora el precio, y el mérito con su aprobacion; este Dios, vuelvo á decir, no pide de aquel padre, ni de aquella madre de familias, que asistan continuamente á los oficios divinos, que estén perpetuamente en la iglesia, que no falten á ejercicio, ó acto alguno de devocion; que se practique en el pueblo: pídeles

que cuiden muy particularmente de la educacion de sus hijos, y de edificarlos con buenos ejemplos: pideles que velen sobre su familia, puesto que algun dia le han de dar estrecha cuenta de ella.

Pide Dios á aquel magistrado, que procure hacerse mas y mas hábil cada día por su estudio y aplicacion. Pide á aquel militar, que sirva á Dios, y á su rey con valor y con fidelidad. Pide á aquel eclesiástico, que desempeñe las inmensas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su sagrado carácter. Pide á aquel religioso, que jamás se dispense en la observancia de sus reglas. Pide, en fin, á todos, que cumplan con los deberes de su estado. Esto es negociar cada cual con sus talentos: con esto se contenta Dios: no nos pide mas; pero pide todo esto.

¡O mi Dios, y cuanto me acusa esta importante verdad! ¡Y qué remordimientos, qué de tristes reflexiones no me obliga á hacer esta acusacion!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay en la vida condicion, no hay estado que no tenga sus obligaciones particulares. ¿Estás consagrado á los altares? ¿Abrazaste el estado eclesiástico? ¡Qué pureza de costumbres mas exacta! ¡Qué regularidad de porte mas ejemplar! ¡Qué reforma mas indispensable! Obligacion de buenas obras: obligacion del oficio divino: obligacion de distribuir bien las rentas. Las diversiones puramente seculares se prohiben; las concurrencias profanas se proscriben. El estudio propio del estado, la ciencia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio; estas son las obligaciones de un eclesiástico. ¿Y serán para olvidadas estas obligaciones?

¿Vives en el mundo? ¡O mi Dios! ¡de cuantas obligaciones de conciencia estás sitiado, que debes considerar como otras tantas cargas que te impone la religion! ¡Qué rectitud, qué buena fe en el comercio! ¡Qué hombría de bien en todo tu porte! ¡Cuanta multitud de obligaciones respecto de tus hijos y de tus criados! ¡Qué precision en darles buen ejemplo! ¡Cuantas reglas de compostura! que tambien son obligatorias. Es el mundo la region de las pasiones, y debiera ser el cadalso de su suplicio. ¿En qué otro lugar hay mayor precision de combatir las y de vencerlas? El mundo, respecto de la salvacion, es un país enemigo, en que es necesario estar siempre con las armas en la mano. ¿Pedirá por ventura este estado almas ociosas ó espíritus cobardes?

¿En fin, logras la dicha de haber abrazado el estado reli-

gioso? ¿Qué obligaciones mas estrechas, ni mas delicadas, que las que te imponen tus sagrados votos? ¿Y será razon que reputes todas tus reglas por unos meros consejos? En tus constituciones, y en tu instituto se contienen muchas obligaciones que no puedes ignorarlas. Por estos documentos se ha de sentenciar definitivamente el proceso decisivo de tu suerte eterna. ¡O mi Dios, y qué digno de lástima es un religioso inobservante y tibio! ¡Quién podrá asegurarle á la hora de la muerte, cuando se le representen todas sus obligaciones!

No hay estado que no las tenga; y en el cumplimiento de ellas consiste todo el mérito. Cualquiera otra devocion es error; y esto mismo hace evidencia de que la santidad está en la mano de todos. Nunca nos faltan los auxilios necesarios proporcionados á lo que hemos menester; lo que nos falta muchas veces es la fiel y debida correspondencia á estos auxilios.

Uno de ellos, Señor, es la gracia que me dispensais para hacer estas reflexiones; pero muy desgraciado seré, si hago inútil esta gracia. No lo permitais, Señor, pues ya he tomado mi partido. De hoy en adelante toda mi aplicacion, y todo mi estudio será, mediante vuestra divina gracia, comprender bien mis obligaciones, y dedicarme á cumplirlas.

JACULATORIAS. — Pronto estoy, Señor, á cumplir con las obligaciones de mi estado, sin que nada sea capaz de hacerme titubear en esta resolucion. (*Psalm. 118.*)

No, Dios mio, jamás me olvidaré del cumplimiento de mis obligaciones, pues en esto cumplo vuestra ley, que es la que vivifica. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 He aqui un asunto muy copioso para el exámen, y para la confusion de toda suerte de personas. La virtud mas elevada consiste en que cada uno cumpla fiel y constantemente con las obligaciones de su estado. Ninguno las ignora; todas están en la mano de cada uno; ninguna hay que no sea conveniente: ¿pues quién podrá disculpar su negligencia, si no es santo? Si estamos en el mundo, no hay que ir á los claustros con nuestros quiméricos proyectos, ni con nuestros vanos deseos, ni es menester ir con ellos á la Tebaida, si nos hallamos en la religion. En la vida mitigada del religioso instituto, que hemos abrazado, no tenemos que envidiar á los que elejieron otro mas austero. El estado en que nos hallamos, la condicion en que vivimos tiene

sus obligaciones : este religioso instituto tiene sus reglas. Dios no te pide mas que el exacto cumplimiento de esas obligaciones, la puntual observancia de esas reglas. El tesoro de la felicidad eterna está, digámoslo así, en tu heredad: él es tesoro escondido para muchos que no quieren hacerse santos, sino donde no están, pretendiendo, que el terreno que pisan, solo puede producir espinas. Cultívenle bien, y verán como fructifica á proporcion del cultivo. Convéncete hoy á esta verdad llena de consuelo, y no pienses en hacerte santo, sino en el estado fijo en que te hallas, cumpliendo con las obligaciones de él.

2 Conviene que hagas desde luego un breve apuntamiento de estas obligaciones. Si estás en el mundo, mira cuales son las obligaciones de tu estado : cuidados personales de la familia y de los domésticos, atención á sus costumbres, vigilancia sobre su porte, respeto y modestia religiosa en el templo, frecuencia de sacramentos, devociones de la mañana y de la noche, buenos ejemplos, etc. Recorre todos estos deberes, y forma la resolución de cumplirlos. Si eres religioso, tienes reglas; y toda tu perfeccion consiste en observarlas. Examina cuales son las que menos cuidas, y las que quebrantas mas frecuentemente. Acuérdate de que aunque no te obliguen debajo de pecado, algun dia sabrás, que de su observancia depende, no solo la perfeccion, sino en cierta manera la salvacion de las personas religiosas. Es muy dificultoso quebrantar habitualmente la mayor parte de las reglas, y guardar los votos. No te confies, ni te lisonjees con frivolas distinciones. En el tribunal de Jesucristo no se hace caso de ellas. Comienza desde hoy á cumplir con tus obligaciones, y á observar aquellas reglas que mas has quebrantado hasta aquí.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JOVINO Y BASILEO, en Roma, en la via Latina, martirizados siendo emperadores Valeriano y Galieno.

MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, tambien en Roma, los cuales imperando Alejandro, y siendo prefecto Ulpiano, despues de haber padecido muchos tormentos, por último fueron degollados.

LOS SANTOS MÁRTIRES PABLO, HERACLIO, SECUNDILA Y GENARA, en el Puerto Romano.

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCIO, obispo, ABSALON Y LORGIO, en Cesarea de Capadocia. (Véase la noticia de S. Lucio en las de este dia.)

LA CONMEMORACION DE OCHENTA SANTOS MÁRTIRES, en Campaña, los